

tico, religiones místicas, nuevas formas religiosas —el culto al soberano, divinidades egipcias y frigias, el orfismo—...); en cuanto a la literatura hay que tener en cuenta el tratamiento asignado a los géneros literarios clásicos y las nuevas formas literarias (periplos...), mientras que las artes, ciencias y técnicas completarían un panorama en el que las influencias orientales se hacían notar.

El libro se cierra con una selección de textos, demasiado escasa para la comprensión de un periodo de tiempo tan amplio y significativo de la historia de esos siglos del Mediterráneo occidental; igualmente se acompaña una bibliografía selectiva, que adolece tal vez de una puesta al día más ajustada.

A pesar de todo (y añorando una pequeña aportación cartográfica: apenas una docena de mapas explicativos) la autora cumple el objetivo que se ha propuesto: ofrecer una síntesis histórica de dicho periodo.

*Narciso Santos Yanguas*

F. KOLB: *La ciudad en la Antigüedad*, Ed. Gredos, Madrid, 1992, 298 pp. y 39 fgs.

Se trata de la traducción al castellano del libro aparecido en alemán en el año 1984, en el que su autor analiza lo que supondría durante la Edad Antigua la ciudad, tanto en el contexto territorial del Próximo Oriente como en el relativo a los países del mundo grecorromano, teniendo presente en todos los casos la vinculación existente entre dicho concepto y su aplicación concreta a los diferentes asentamientos urbanos.

En la Introducción (pp. 11-18) se pone en relación el concepto de ciudad antigua con la problemática urbanística y las soluciones aportadas en cada caso; es en este sentido en el que se entiende la conexión entre arquitectura y formas de vida urbana desde el momento en que la ciudad se convierte en el centro de relaciones de todo tipo. La bibliografía existente sobre el tema resulta muy abundante, a pesar de que no se halla orientada en su conjunto hacia la comprensión de la realidad urbanística e histórica que se encierra detrás de los núcleos de hábitat que se desarrollarían durante más de dos milenios.

Tomando como base la ciudad oriental, griega y romana, así como el carácter topográfico y administrativo de cada uno de los establecimientos, a lo que hemos de añadir el número de habitantes que lo define, sin olvidar la

repartición del trabajo y la diferenciación social que conlleva, habrá que abordar igualmente la diversidad funcional de las edificaciones, las formas de vida urbana y el sentido de cada enclave como centro de su entorno territorial. Las fases de investigación sobre el tema (Weber, Rostovtzeff, Finley...) ponen en conexión los asentamientos urbanos con los nudos de comunicación más importantes existentes en cada contexto geográfico-territorial.

El capítulo primero está dedicado al estudio de la ciudad en el Oriente antiguo (pp. 19-59), comenzando por el nacimiento de la ciudad en Mesopotamia a partir de los asentamientos protourbanos (Jericó...), la revolución neolítica y Catal Hüyük, el paso a la civilización urbana, los casos de Ur y Kish, así como el análisis de Marx Weber en relación con el origen de la ciudad oriental, teniendo en cuenta su base económica y cultural. A continuación se analiza la ciudad en los grandes imperios mesopotámicos: la monarquía sumeria, la fundación de las ciudades asirias (Assur como centro urbano con sus barrios residenciales, Nínive...), los Imperios herederos de Asiria (Babilonia como ciudad señora)...

En el valle del Nilo los primeros centros urbanos corresponden al Imperio antiguo, distinguiéndose entre centros administrativo-económicos y centros culturales (templos), destacando como ejemplo las ciudades de Kahun y El Amarna. Por su parte, las ciudades de Siria-Palestina y Asia Menor se nos presentan como ciudades de residencia real y enclaves comerciales (Ugarit-Ras Shamra, Megido, Jericó, Jerusalén, el *karum* de Kanish, Hattusa-Boghazköy, Sardes...). El ciclo se cierra con el estudio acerca del palacio y los asentamientos urbanos en la Creta minoica a partir de los núcleos rurales del Neolítico: época minoica y palacios cretenses (Acrotiro en Tera, Gurnia, Cnossos...).

El capítulo segundo se centra en el análisis de las características que nos ofrece la ciudad en el mundo griego (pp. 60-140); se toma para ello como punto de partida el concepto de *polis* y su relación con la ciudad tanto en la Grecia arcaica como en la clásica: se distingue con claridad entre el asentamiento físico y la realidad política que implica la *polis*, sin olvidar el hinterland territorial (*chora*) correspondiente a cada uno de estos núcleos de población.

El origen y configuración (consolidación) de la ciudad-estado (*polis*) coincidiría en todos los casos con un proceso de sinecismo evidente, iniciándose el mismo en época micénica (Micenas, Tirinto...) y pasando a continuación por el llamado "periodo geométrico" y edad oscura griega (Corinto, Zagóra...), sin olvidar en ningún momento las condiciones existentes en el territorio griego para el desarrollo urbano.

En tiempos clásicos la diversidad de *polis* en Grecia es acusada, manifestándose entonces en toda su amplitud el proceso de urbanización: el prototipo lo representa Atenas, que en tiempos de la monarquía pasa por la etapa del sinecismo (Teseo), adquiriendo posteriormente un desarrollo esplendoroso de su civilización de acuerdo con los restos arqueológicos (edificios públicos, templos...), teniendo presente en cualquier caso la apoya-tura económica que suponía la dirección política de la liga ático-délica.

Junto a ello sobresale otra serie de ciudades griegas de amplio desarrollo, cuyo ejemplo más representativo es el de Corinto y su marco comercial y cultural, o el de Argos, sin olvidar a Samos como modelo de *polis* insular, así como otros centros urbanos destacados (Esparta, Olinto, Megalópolis...).

Capítulo aparte merece la planificación urbanística en relación con los centros de población originados como consecuencia del empuje colonizador griego (pp. 95-111): las dos fases de colonización se extenderían tanto por la cuenca del Egeo como por el Mediterráneo oriental, central y occidental, destacando algunos centros urbanos importantes (Esmirna, Mileto, Naucratis...), así como otros correspondientes a la Magna Grecia (Megara Hiblea en Siracusa, Metaponto en el sur de Italia, Selinunte como ejemplo de colonia de otra colonia...).

En cuanto a la teoría y praxis acerca de la planificación urbana en época clásica griega, hay que partir de la *polis* platónica, analizándose la planimetría geométrica de Hipódamo como padre de la urbanística, destacando los casos de Mileto, Rodas y Turios, así como el alcance de la planificación jónico-hipodámica en el mundo griego, que se cierra con el análisis de las ciudades y el apogeo de la arquitectura urbana como consecuencia del impulso panhelénico de Alejandro Magno: aunque el prototipo de centro helenístico sea Alejandría en Egipto, no se olvidan otros ejemplos significativos, como Pérgamo en Asia Menor, al tiempo que destacan templos y murallas como elementos arquitectónicos, el ágora como centro de las ciudades helenísticas (Atenas y otras capitales de las monarquías del momento), los gimnasios y barrios de los núcleos urbanos (Delos como ejemplo), y las características constructivas que encierran las casas en época helenística (Olinto, Atenas...).

El apartado tercero se halla dedicado al análisis de las características que presenta la ciudad en el mundo romano (pp. 141-263); ante todo se parte del origen de Roma como un primitivo asentamiento de pastores, cuya configuración urbana se irá modelando a medida que engloba el suelo

correspondiente a las 7 colinas. En el proceso de formación de la ciudad romana destaca el impulso ejercido por la monarquía etrusca, así como el paralelismo existente entre el foro romano y el ágora griega; en cualquier caso la planificación urbana de Roma, que implicaba la presencia de unas calles principales y otras secundarias, experimentará un gran avance como consecuencia de la expansión romana por toda la cuenca del Mediterráneo.

La etapa imperial traería consigo el desarrollo de Roma como gran ciudad, en parte vinculado a la estratificación social de su población desde la época de Augusto, erigiéndose Vitruvio y Suetonio en dos de nuestras principales fuentes de información acerca de las edificaciones imperiales (sin olvidar el intento de construcción de una nueva ciudad al estilo oriental llevado a cabo por Nerón tras el incendio y arrasamiento de Roma durante el año 64, que traería consigo la condena de los cristianos y de otros grupos marginados de la sociedad romana de acuerdo con el relato del historiador Tácito).

Sin duda el avance más significativo en época imperial vendría dado por el proceso de urbanización y municipalización, que alcanzaría tanto a las provincias orientales como a las occidentales; la conquista de Oriente por los ejércitos romanos supondrá igualmente la fundación de nuevas *poleis* desde los años finales de la República, especialmente en Siria, Bitinia-Ponto, Cilicia..., a lo que contribuiría en gran medida la prosperidad económica de dichas regiones, incluida Asia Menor; este hecho supondría a su vez una elevación del nivel de la civilización urbana incluso en zonas en las que ya existía (además de las ciudades caravaneras, como Doura-Europos, Petra, Gerasa, Palmira... hay que destacar otras que tendrían la actividad industrial como elemento promotor, entre ellas Sardes, Mileto, Efeso, Esmirna, Tarso...).

Por su parte el Occidente romano, sin base urbana salvo en regiones muy concretas (Levante hispánico, Norte de Africa en torno a Cartago...), la diversidad de hábitat se orientará hacia una homogeneidad de centros urbanos, aunque el proceso tardaría muchas décadas en completarse. La actividad política, iniciada por César en este sentido y parcialmente acelerada por Augusto a través de un proceso de colonización del Imperio, se acentuaría a partir de la dinastía de los Flavios, momento en el que el proceso de municipalización trata de unificar y uniformar el estatuto privilegiado de la ciudad mediante la confluencia en un mismo punto de los centros de hábitat existentes (*oppida, civitates...*).

En este contexto se comprende el nacimiento de nuevos asentamientos urbanos en el Imperio occidental, destacando el contraste entre campo y

ciudad, así como el entramado social (grupos sociales y relaciones entre ellos) que generan los núcleos urbanos. Por lo que concierne a la relación entre urbanización y arquitectura, la financiación de los edificios públicos (y de la infraestructura urbana en general) solamente podía ser llevada a cabo en parte por las arcas municipales, por lo que era preciso recurrir a la munificencia y liberalidad de los componentes de las oligarquías municipales. Ahora bien, el funcionamiento de las ciudades provinciales, organizadas bajo el mismo modelo institucional que Roma, se basaría en un funcionamiento estable (magistraturas anuales), aplicando un sistema de estructuración del territorio que solamente entraría en crisis a partir de las primeras décadas del siglo III.

A continuación (pp. 204-239) se analizan las peculiaridades de la organización de las ciudades romanas del Norte de Africa y de Galia, tratando de forma muy tangencial el caso de las provincias hispanorromanas; en el caso de Africa la actuación romana tras la conquista del territorio va a contar ya con unos antecedentes urbanos herencia de los púnicos; en cualquier caso economía y civilización van a ir muy unidas, como se demuestra con respecto a Cartago. La etapa urbanística más significativa se vincula con la presencia de ciudades portuarias (Cesarea, Leptis Magna, Hadrumeto...), así como con la presencia de núcleos urbanos de reducidas dimensiones (Cuicul, Timgad...), sobresaliendo en la fase final pequeños centros, como Cirta e Hipona entre otros, antesala del hundimiento de la civilización romana en Africa durante el Bajo Imperio.

Los primeros atisbos de urbanización en Galia, si hacemos excepción de Marsella y los centros griegos del Mediodía, parecen relacionarse con la conquista de dicho territorio por parte de César; los antecedentes remontan a la presencia de *oppida* (centros fortificados) de carácter protourbano, que se hallan en la base del proceso de municipalización. En este proceso *vici* (aldeas), *mansiones* y *civitates* (como núcleos articuladores de ordenación del territorio) desempeñan un gran papel, en el que la economía se relaciona con los diferentes asentamientos poblacionales. Colonia y Tréveris se nos muestran como los ejemplos más significativos, sin desdeñar los establecimientos urbanos del Rín (Xanten...), produciéndose igualmente la crisis y decadencia urbana durante la etapa bajoimperial.

El autor plantea, con total acierto desde nuestra perspectiva, la contraposición campo/ciudad en el ámbito de las provincias romanas, en especial en el Occidente (pp. 239-263) tomando como punto de referencia la política colonial romana en el Norte de Africa; para ello parte del hecho de que

los factores económicos (comercio e industria) se muestran como preeminentes y en ese sentido las ciudades se convierten en centros de distribución y consumo. De cualquier forma hay que distinguir entre mercados rurales y mercados urbanos, teniendo además en cuenta la contraposición existente entre terratenientes y comerciantes, lo que genera un marco de contactos y relaciones sociales diferente; todo ello lleva a plantear el interrogante en torno a la idoneidad (o realidad) de una economía natural o monetaria.

Las conclusiones finales se centran en relacionar la civilización antigua con las formas urbanas: en este sentido *polis* y *civitas* (la ciudad romana como expresión más elevada de la civilización durante el Imperio) constituyen los dos tipos específicos de ciudad antigua. Sin embargo, las diferencias entre las ciudades orientales y las clásicas grecorromanas son palpables, lo que lleva a plantearse si existió o no una tipología de ciudad en la Antigüedad. Tal vez el hecho más destacado es que se trata de núcleos urbanos con funciones de centro (también resulta interesante la consideración de las ciudades existentes en la zona de influencia del Imperio romano). ¿Qué tipo de relaciones existe entre la ciudad antigua y la moderna?

Una selección bibliográfica, no completa ni exhaustiva, así como un índice de nombres completan esta obra que, a nuestro modo de ver, plantea (y da soluciones) casi todos los problemas derivados del concepto y realidad histórica de la ciudad en el mundo antiguo.

*Narciso Santos Yanguas*

D. PLACIDO, J. ALVAR y C. G. WAGNER: *La formación de los Estados en el Mediterráneo occidental*, Ed. Síntesis, Madrid, 1991, 213 pp. y mapas.

La configuración de los primeros Estados en la cuenca mediterránea occidental va a tener tres puntos de inflexión característicos: la Península Itálica (en torno a Roma), el Norte de Africa (en torno a Cartago) y la Península Ibérica (en torno al Mediodía-Levante con el impulso de las colonizaciones orientales —fenicios y griegos— y las sociedades ibéricas).

El Mediterráneo occidental no presenta durante estos primeros siglos de su historia plena (a grandes rasgos desde el año 800 al 300) uniformidad en cuanto al desarrollo cultural, a pesar de lo cual convergen dos hechos que van a contribuir a la conformación de ciertos paralelismos: el primero de ellos constituido por las aportaciones indoeuropeas y el segundo por la